



---

---

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ECONOMÍA

“LA RIQUEZA DE LAS NACIONES.  
UNA REVISIÓN DE SUS FUNDAMENTOS”

T E S I S I N A  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN ECONOMÍA  
P R E S E N T A

FELIPE LEON BLANCO SANCHEZ

ASESOR: DRA. ESPERANZA FUJIGAKI CRUZ

MEXICO, DF

2007



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **Agradecimientos:**

A mis padres y mi hermana, por su eterno e incondicional apoyo. Los amo.

A la vida, que nos prestó por un tiempo a alguien maravilloso a quien nunca olvidaremos. Carnal, esta es una de las rosas que sembré para ti.

A todos aquellos que de una u otra manera, para bien o para mal, han dejado en mí una huella indeleble. No necesito nombrarlos, quienes forman parte de lo que soy lo saben.

A mi casa desde siempre y para siempre. Mi cuna cuando recién nacido, mi patio de juegos cuando niño y mí amada escuela desde la adolescencia. A quien me ha brindado tanto en tantos aspectos y para con quien guardaré eternamente esa dulce deuda impagable. La Universidad.

*Sólo los reaccionarios defenderían la economía autorregulada, en un extremo, o un gobierno que la operara, en el otro.*

*Joseph E. Stiglitz, 2001*

## Índice

Introducción, Justificación y Objetivos .....	2
1. Adam Smith, contexto histórico y formación intelectual .....	5
2. Herencia teórica de “La Riqueza de las Naciones” .....	10
3. El método analítico de Smith, sistema y fundamentos .....	15
3.1. La “Teoría de los Sentimientos Morales”, una primera aproximación. ....	17
3.2. La Riqueza de las Naciones. Propensión al cambio, división del trabajo y tamaño del mercado .....	19
3.2.1. División del trabajo y rendimientos del factor trabajo .....	26
4. Extender el mercado, ¿para qué? La aportación de Allyn Young .....	30
5. Karl Polanyi, una perspectiva crítica .....	34
6. Consideraciones Finales y Conclusiones .....	39
Bibliografía .....	42

## Introducción, Justificación y Objetivos.

No resultan excepcionales a lo largo de la historia del pensamiento económico los casos de autores cuyas obra hayan sido al mismo tiempo, tanto aplaudidas como repudiadas. Sin embargo, se cuentan en menor medida aquellas cuyo éxito es tal que llegan incluso a ser *abusadas* a la par que descalificadas. Abusadas, por un lado, en el sentido de ser aprovechadas como fundamento de la actuación de los grupos sociales que se sirven de una particular interpretación de las mismas para intentar legitimar sus políticas; y por otro descalificadas (muchas veces como consecuencia y contraparte directa de lo anterior), por identificarlas *a priori* con determinada corriente de análisis económico. Tal deferencia ha sido reservada para algunos de los grandes nombres en nuestra ciencia, tales como Marx, o Keynes. Es decir, paradójicamente los autores más socorridos suelen ser los menos leídos o, peor aún, los menos comprendidos. Un caso paradigmático en este sentido es sin duda el de Adam Smith, quien con su “Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las Naciones”, o como mejor se le conoce, “La Riqueza de las Naciones”, aportó la piedra de toque para la formación de la primera escuela de pensamiento económico moderno, la de la Economía Política Clásica, fundando con ello la ciencia económica en su connotación actual.

La “Riqueza de las Naciones” tendría como contrapartida en la práctica, según cierta interpretación de la misma, la rectoría de la sociedad mediante el libre mercado. Ello se advierte en la ampliamente difundida parábola de “la mano invisible”<sup>1</sup>.

Evidentemente una lectura maniquea del trabajo de pensadores de semejante talante no tiene cabida en el terreno de la ciencia. Es por ello que el presente trabajo pretende abordar el texto de Smith desde una perspectiva amplia, renovada, crítica y,

---

<sup>1</sup> Esta señala que, a pesar de que cada individuo “únicamente considera su seguridad,... sólo piensa en su ganancia propia... es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones... [sin embargo], Al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios” (Smith, 2004a:402)

en la medida de lo posible, objetiva. Esto es, sin ninguna clase de prejuicios pero aceptando el hecho de que no es posible (ni deseable), renunciar a la emisión de juicios de valor en las ciencias sociales. Concretamente, se plantea el objetivo de seguir los principios presentados en los primeros capítulos de “La Riqueza de las Naciones”, para verificar su poder explicativo sobre la dinámica económica basada en el mercado. Esto es, se sostiene que mediante los elementos allí contenidos puede darse una explicación general de cómo se articula la sociedad a través de las relaciones humanas que en el mercado operan.

Asimismo se verá, de manera secundaria, que es posible extraer una interpretación alternativa a partir de tales fundamentos. Una interpretación que no apunte hacia el totalitarismo de mercado que se supone la obra sugiere. Es por ello que, a pesar de que se realiza una lectura de conjunto, la materia de estudio se enfoca a los tres primeros capítulos del ya citado libro, debido a que se considera que es aquí donde se hallan, desde la perspectiva aquí abordada, los cimientos del mismo.

Para llevar a buen término tales metas este trabajo presenta, en su primer apartado, una breve revisión biográfica del autor, donde se abordan someramente su contexto histórico y su formación intelectual, partiendo del hecho de que ambos elementos son determinantes para los planteamientos centrales de cualquier obra. A continuación, en el apartado dos, se expone una idea general de “La Riqueza de las Naciones”, donde se realiza un recuento de las principales formulaciones teórico-económicas que de la obra han derivado. Posteriormente, partiendo de la metodología usada por Smith, misma que se resume en su definición de sistema, se aborda en el apartado tres, a manera de primera ejemplificación tanto de sistema como de fundamentos la también obra del escocés titulada “Teoría de los Sentimientos Morales”, para luego rastrear estos elementos en la obra de 1776. Se observará así que el rol fundamental en esta obra, y en este particular sentido, corresponde a la propensión al cambio, la división del trabajo y el tamaño del mercado. Los apartados cuatro y cinco, a su vez, presentan evidencia teórica de la incompatibilidad del sistema y los fundamentos presentados con la idea de la autorregulación económica. Este enfoque

alternativo se apoya en la aportación de Young basada en los principios ya señalados, así como en la crítica a la economía autorregulada, realizada por Polanyi a partir de los mismos. Finalmente, en el apartado seis se consagran los comentarios finales, así como las conclusiones de este trabajo.

Nos moveremos entonces en el terreno de la teoría, con alguna referencia ocasional a trabajos prácticos al respecto. La siempre necesaria contrapartida empírica está fuera de los alcances de esta obra cuyo pequeño propósito es desentrañar, a partir del trabajo de Smith, algunas de las relaciones funcionales relevantes para la dinámica económica.

## 1. Adam Smith, contexto histórico y formación intelectual

Parece existir consenso en torno a la confiabilidad del trabajo que sobre la vida de Smith realizó Rae (1895)<sup>2</sup> y, dado que no es mi propósito disertar al respecto, será este texto nuestra fuente para presentar una muy breve revisión biográfica,

Adam Smith nace en Kirkcaldy, Escocia, en Junio de 1723. Realiza sus primeros estudios en la *Kirkcaldy Burgh School* para luego ingresar, con catorce años, a la Universidad de Glasgow, donde estudió filosofía moral con quien llegaría a ser una de sus más grandes influencias, el profesor Francis Hutcheson. Para 1740, ingresa al *Balliol College*, en Oxford. En 1748, comenzó a dictar conferencias en Edimburgo (Las *Edinburgh lectures*), bajo el patrocinio de Lord Kames. En 1751 es nombrado profesor de lógica en la Universidad de Glasgow, siendo transferido en 1752 a la cátedra de filosofía moral. En 1759 publica su “Teoría de los Sentimientos Morales.” A fines de 1763 recibe una lucrativa oferta de Charles Townshend para ser tutor de su sobrino, el Duque de Buccleuch. Así, después de renunciar a su cátedra, entre 1764 y 1766 viaja con su pupilo principalmente por Francia, donde conoce a destacados miembros de la enciclopedia, así como a los de la escuela fisiocrática, incluyendo al propio Quesnay.

Es para 1776 que aparece la obra que nos ocupa: “Investigación sobre las causas y la naturaleza de la riqueza de las naciones”.

En opinión de Peil (1999:40), “en el más amplio de los términos, Smith escribió en una época en que la gente se enfrentaba con la desintegración de la sociedad orgánica feudal y con la emergencia de una sociedad caracterizada por la especialización y la diferenciación estructural. Una época de creciente comercialización y liberalización social”.

El contexto intelectual de Smith, nuevamente en el más amplio de los términos, señala este mismo autor, está provisto por la Ilustración Escocesa, “un movimiento

---

<sup>2</sup> Véanse por ejemplo Schumpeter (1954:181) y Ross (1993:2).

distinguido por su oposición constructiva a la sociedad feudal: un deseo de liberación del poder autoritario del soberano y la Iglesia y, más importante, su fe en el poder de la razón humana para cambiar el mundo". (Peil, 1999: 40)

Hay que recordar sin embargo, con el fin de matizar las afirmaciones de Peil, que la unión entre Escocia e Inglaterra que llevó a la constitución del Reino de Gran Bretaña mediante la Ley de Unión (*Union Act*) de 1707 contemplaba, en lo político, un parlamento común, mientras en lo económico se establecía el libre comercio al interior del nuevo reino, además de que se eliminaba la restricción impuesta a Escocia para comerciar con las colonias. Asimismo, ciertas instituciones escocesas e inglesas no se fusionaron en el sistema británico: las leyes permanecieron separadas, tal como ocurrió con la moneda y las iglesias, la presbiteriana escocesa por un lado y la anglicana por otro.

Así pues, la llamada Ilustración Escocesa pudo incluso haberse visto estimulada por la unión con Inglaterra, más que representar una reacción contra ella, sobre todo considerando que en el plano económico los escoceses se vieron favorecidos por las nuevas condiciones comerciales<sup>3</sup>. En todo caso resulta claro que dicho alumbramiento intelectual jugó un rol decisivo en la formación intelectual de Smith.

Además del autor que nos ocupa, fueron partícipes de dicho movimiento figuras como David Hume, (amigo íntimo de Smith), Lord Kelvin, James Watt y, de manera destacada, su mentor Hutcheson. El papel de Smith en este contexto queda, por decirlo de alguna manera, subsumido a la obra de Hutcheson y Hume, siendo probablemente este último el más destacado pensador de la Ilustración Escocesa.

---

<sup>3</sup> El propio Smith reconoce una mejoría en la situación socio-económica escocesa, aunque admite también la superioridad inglesa y francesa en ese sentido (Smith, 2004a: 88-9). Por otra parte, el dinamismo comercial de Escocia después de 1707 puede constatarse, por ejemplo, en Slaven,(1975:24)

En el ámbito filosófico la renovación cuestionó la hasta entonces prevaleciente cosmovisión escolástica, buscando explicaciones a los procesos sociales contemporáneos en las facultades humanas del sentido y la razón.<sup>4</sup> En este contexto se forjó el pensamiento y, en consecuencia el método analítico de Smith, mismo que procede, según amplio consenso, de los filósofos escolásticos y de la ley natural, así como de la concepción y metodología derivada del *universo machina* de la mecánica clásica Newtoniana<sup>5</sup> (Schumpeter 1954:182; Ross, 1993:6; Bendesky 1983: 96-7; Corona Rentería 2000:84-7; O'Brien, 1989:44-6).

Tenemos entonces que el esquema analítico de Smith se ve en gran medida influido por la mecánica clásica y una especie de naturalismo o ley natural, entendidos estos dos últimos conceptos, básicamente, como una búsqueda de explicaciones desde el punto de vista filosófico, a través de algunos principios *naturales* que permitan explicar la conducta humana. Dicho carácter será efectivamente rastreado en el trabajo de Smith en el marco del apartado 3 de esta obra.

En todo caso, y atendiendo a los intereses de esta sección, baste aquí con señalar que son claras y poco controversiales las influencias que en el ámbito filosófico determinaron en mayor medida el pensamiento de Smith. Encontramos aquí a Grotius (1583–1645), Pufendorf (1632-1694), Locke (1632-1704) y Hutcheson (1694-1746).

---

<sup>4</sup> Aunque tal “fe” en la razón se ve también ya cuestionada. En la introducción a la edición consultada de la Teoría de los Sentimientos Morales, Nicol apunta: “El siglo XVIII pues, que asiste a la glorificación de la razón, asiste también a los primeros embates que contra ella se dirigen”. NICOL, Eduardo. En, *Teoría de los Sentimientos Morales*. (Introducción) Fondo de Cultura Económica, México, 2004 (p.15)

<sup>5</sup> En 1687 Isaac Newton publica su *Philosophiae naturalis principia mathematica*, en ella describe la Ley de la Gravitación Universal y establece las bases de la mecánica clásica, constituyéndose posteriormente éstas en un auténtico paradigma científico generalizado que, desde luego, no contenía el carácter peyorativo que hoy en día suele asociarse con un análisis mecanicista. Hay que recordar, además, que, para la época de Smith la construcción de máquinas bajo estos principios estaba en apogeo y en poco tiempo se daría la Revolución Industrial, por lo que no es de extrañar la cercanía metodológica y las continuas referencias metafóricas a las máquinas.

En términos de la estructura productiva de la época, Rodríguez (2004:81), señala que “en el momento de la publicación de *La Riqueza de las Naciones*, predominaba la pequeña industria manufacturera, el taller del artesano y comenzaba la Revolución Industrial, en el último tercio del siglo XVIII”. Inmediatamente el mismo autor señala, siguiendo a Marx, que “la biografía moderna del capital data del siglo XVI, pero no es sino hasta la primera mitad del siglo XIX, cuando se desarrolla y predomina el capital industrial en Inglaterra.”

Es importante aclarar que el liberalismo como “espíritu de la época”, no presentaba, cuando menos hasta ese momento, un carácter indiscutible. Polanyi (2003) es categórico al señalar que “puede asegurarse que el liberalismo económico no fue más que una tendencia espasmódica durante otras dos generaciones, [contadas a partir de mediados del siglo XVIII]. Sólo en el decenio de 1820 denotaba los tres lemas clásicos: que la mano de obra debía encontrar su precio en el mercado; que la creación de dinero debía someterse a un mecanismo automático; que los bienes debían fluir libremente entre los países, sin obstáculos ni preferencias; en suma, los lemas del mercado de mano de obra, el patrón oro y el comercio libre (Polanyi, 2003:190)

Aunado a ello, la Economía Política Clásica, que a la postre enarbolaría la bandera liberal, estaba lejos de su apogeo. A pesar de que su nacimiento puede fecharse hacia 1750, el clímax de su influencia se registra hacia 1800-1850 (O’Brien, 1989: 17)

Estas primeras afirmaciones podrían ya indicarnos, si bien muy ligeramente y en términos histórico-contextuales exclusivamente, la incompatibilidad del trabajo Smithiano con el liberalismo de mercado a ultranza

Es menester destacar por último el carácter universal del trabajo intelectual en el contexto histórico de Smith, en el sentido de la existencia de un conocimiento general y no seccionado como el de la ahora familiar división disciplinaria e incluso intra-disciplinaria. Tal segmentación es hoy característica de la Economía (positiva,

normativa y aplicada), en contraste con el análisis de aquella época, que prácticamente aglutinaba bajo el estudio la Filosofía Moral , materias tales como la Política, las Leyes y, desde luego, la Economía. Smith abordó también materias tales como las Artes o la Astronomía; fue un pensador que pertenece a esta tradición universal, un filósofo, en este amplísimo sentido, antes que un economista en la connotación moderna del término.

Teniendo como marco la presentación de este bosquejo del contexto histórico e intelectual de Smith, expongo a continuación un compendio de las principales aportaciones teóricas de la obra de 1776.

## 2. Herencia teórica de “La Riqueza de las Naciones”

Paradójicamente, el carácter universal del análisis smithiano recién descrito llevó a la fundación de la Economía como ciencia separada del análisis filosófico-moral mediante la fundación de la Economía Política Clásica, tal como se adelantó brevemente en la introducción de este texto. Sobre este particular sigo de cerca el trabajo de O'Brien (1989), en especial sus primeros tres capítulos

Si bien el origen de la Economía Política Clásica puede fecharse en 1750, tal como allí se señala, el proceso de consolidación requirió algunas decenas de años más y fue “La Riqueza de las Naciones” la obra encargada de consumar el alumbramiento. Como veremos enseguida, dicha obra sugiere diferentes líneas de investigación sobre diversos problemas, lo que da lugar a confusión e incluso contradicción. Sin embargo, el vicio se volvió virtud toda vez que este amplio abanico permitió que de ella abrevaran pensadores igualmente dispares, quienes finalmente compartieron la pertenencia a una nueva comunidad científica, la de la ciencia económica.

Así, bajo el manto de esta escuela encontramos a David Ricardo (1772-1823), T.R. Malthus (1766-1834), J.B. Say (1767-1832), James Mill (1773-1836), John Stuart Mill (1806-1873), así como el propio David Hume (1711-1776), por mencionar sólo a los más destacados, quienes a través de la pertenencia a “la nueva ciencia”, compartieron la necesidad de explicar y analizar el panorama contemporáneo sin precedentes, que registraba un rápido crecimiento del producto y la población, con todas sus bondades y problemáticas. En este primer sentido “La Riqueza de las Naciones” fue, seguramente sin proponérselo, el catalizador de la ciencia económica moderna. y es ésta, sin duda su más grande contribución.

Ahora bien, como ya se ha apuntado líneas arriba, la importancia en términos teóricos de una obra que resume el pensamiento de toda una época de profunda transformación social tiene muchas aristas, por ello, se verá frustrado quien intente

encontrar en ella una teoría completamente acabada, uniforme y enteramente original<sup>6</sup>. Pueden en cambio encontrarse múltiples principios, brechas e incluso contradicciones al interior de ciertos temas.

Lo que se intenta en este apartado no es, pues, sino presentar un sumario de tales aportaciones, partiendo de la aseveración de que es posible separar el análisis de las recetas sin violentar el texto en su conjunto (Schumpeter, 1954:186). Nos concentramos aquí sólo en el primero de estos componentes, es decir, la parte teórica de la obra, misma que ocupa los libros I y II (sobre todo el primero), ello en detrimento, desde luego, de la parte aplicada consagrada en el resto del texto.

En los primeros tres capítulos del Libro I se desarrolla un sistema en el cuál se asocia positivamente la división del trabajo con la productividad. Dicho sistema es el que se sostiene aquí como fundamental y será desarrollado con amplitud más adelante (véase apartado 3). Baste por el momento con mencionar dos aspectos relevantes del mismo en términos de su aportación a las teorías del crecimiento.

La postura Smithiana al respecto ha sido recientemente destacada por Thirlwall (2003), quien señala que “una de las contribuciones más importantes de Smith fue introducir en la economía la noción de rendimientos crecientes...” (Thirlwall, 2003:41). En este mismo sentido se pronuncia Bendesky (1983), al señalar que la conceptualización original de la dinámica económica, tal como se presenta en *La Riqueza de las Naciones*, prepara el terreno para los conceptos de Marshall acerca de las economías internas y externas y la formulación de la ley de los rendimientos crecientes; por otra parte, desde las perspectiva de la llamada “Nueva Economía”, se ha revalorado el ya mencionado sistema, en tanto que ofrece una explicación endógena del progreso científico-tecnológico.

---

<sup>6</sup> Schumpeter es especialmente crítico en este sentido, y afirma que *La Riqueza de las Naciones* no contiene una sola idea *analítica*, principio o método que fuera enteramente nuevo en 1776. (Schumpeter, 1954:184; las itálicas son del autor)

Posteriormente, en el Capítulo IV, se introduce la importante distinción entre valor de uso y valor de cambio, mediante la siguiente paradoja: “no hay nada más útil que el agua, pero con ella apenas se puede comprar cosa alguna ni recibir nada en cambio. Por el contrario, el diamante apenas tiene valor de uso, pero generalmente se puede adquirir, a cambio de él, una gran cantidad de otros bienes.” (Smith, 2004a: 30). Según Roll (1978:157), “esta afirmación iba a proporcionar el punto de partida a la teorización... que al fin condujo a la doctrina de la utilidad marginal.”

En el Capítulo V se abre de lleno la exposición de la teoría del valor, misma que presenta tres vertientes que resultan conflictivas entre sí. Declino en abundar respecto a dicho conflicto<sup>7</sup>. Es necesario, sin embargo, destacar dos cuestiones. Por un lado que dicha exposición, en su vertiente del valor-trabajo, abre la vía que a la postre seguirían, por distintas veredas, Ricardo y Marx; mientras por otro, es notable la distinción que en este apartado introduce Smith, en términos de precios reales y nominales (o monetarios), misma que más adelante aplicará también a los salarios. Es evidente que tal distinción es imprescindible en el análisis económico moderno, de tal suerte que no me parece necesario ahondar en este último punto.

En el capítulo VI destaca la presentación de lo que a la postre se erigiría como la teoría clásica de la distribución. Encontramos así que: “el [precio o valor en cambio] de todas las mercancías que componen el valor anual del producto de cada nación, considerada en su conjunto... se distribuye entre los diferentes habitantes del país como salarios de su trabajo, beneficios de su capital, o rentas de su tierra.”(Smith, 2004a:51).

Es en el capítulo VII donde se expone quizás la más influyente pieza de toda la obra en términos de la teoría económica moderna. Sobre este particular, Schumpeter refiere que: “La rudimentaria teoría del equilibrio del capítulo 7, por mucho la mejor pieza de teoría económica desarrollada por Smith, apunta de hecho hacia Say, y a

---

<sup>7</sup> Tal contrasentido se trata en Roll (1978:158-61); y Schumpeter (1954:188-9). Ambos coinciden en el carácter confuso y contrapuesto de esta parte de la obra.

través del trabajo de éste último, a Walras. Los desarrollos puramente teóricos del siglo XIX consisten en un grado considerable en mejoras sobre ella” (Schumpeter, 1954:189).

Expone Smith en este capítulo un sistema de precios, que se regulan por la oferta y la demanda en el marco de una *perfecta libertad*: “El precio de mercado de cada mercancía en particular se regula por la proporción entre la cantidad de ésta que realmente se lleva al mercado y la demanda de quienes están dispuestos a pagar el precio natural del artículo, o sea, el valor íntegro de la renta, el trabajo y el beneficio...” (Smith, 2004a:55-7).

Destacan también, en el resto del Libro I, los atisbos de la teoría Malthusiana de la población, cuando se afirma que “todas las especies se multiplican en proporción a los medios de subsistencia” (Smith, 2004a:77); así como una serie de afirmaciones que sugieren que Smith fue el primero en exponer el concepto de plusvalía y en destacar el hecho de que estaba ligada a la producción capitalista (Roll, 1978:164-5; Schumpeter, 1954:190). Así, en la página 47 se señala, por ejemplo: “En este estado [primitivo y rudo de la sociedad], el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador... Más tan pronto como el capital se acumula en manos de personas determinadas, algunas de ellas procuran regularmente emplearlo en dar trabajo a gentes laboriosas...para sacar un provecho de la venta de su producto o del valor que el trabajo incorpora a los materiales.” (Smith, 2004a:47)

El Libro II posee, en comparación, una “carga teórica menor” en tanto continuación de lo expuesto en el Libro I. Destacan en él las distinciones entre capital fijo y circulante, trabajo productivo e improductivo y, en mucho mayor medida el papel que, en términos de acumulación se le asigna al ahorro<sup>8</sup>.

Vemos pues que la obra de 1776 es rica en aportaciones inacabadas que han seguido los más variados derroteros durante los dos siglos posteriores a su aparición. Algunas de ellas han dado lugar, mediante desarrollos posteriores a la fundación de

---

<sup>8</sup> Sobre éste último punto puede revisarse el trabajo de Modigliani, en FRY, 1992, Cap. 5

verdaderas corrientes de pensamiento económico además de la ya referida Economía Política Clásica.

A la luz de este recuento, Smith se afirma como un observador de su tiempo; como un investigador que penetra en los vínculos internos de los fenómenos, siendo capaz, en consecuencia, de anticipar el rumbo de la sociedad y, por tanto, el del creciente papel desempeñado por el mercado en la misma. Este rol, como veremos, lejos de derivar en la autorregulación requería, desde la visión Smithiana, un marco institucional en el que el Estado es pieza clave.

Nos encontramos, en suma, con un autor multidisciplinario y en no pocas ocasiones contradictorio, susceptible, en consecuencia, de ser interpretado desde diferentes ángulos sin atentar contra su trabajo.

### 3. El método analítico de Smith, sistema y fundamentos

Como ya ha sido señalado, el pensamiento smithiano abreva de la fuente del naturalismo. Se vale de la concepción y metodología de la mecánica clásica en la medida en que busca aislar ciertos elementos que le permitan descubrir las leyes autónomas, (en el sentido de operar independientemente de la voluntad de los individuos), de la dinámica social. A continuación presentaré evidencia al respecto, valiéndome, desde luego, de la obra de Smith; ello bajo el entendido de que esta forma de pensamiento se reflejó, finalmente en el método analítico del escocés.

El pretendido enfoque *deus ex machina*<sup>9</sup> puede ser efectivamente rastreado en la “Teoría de los sentimientos morales”, donde Smith afirma, por ejemplo, que: “La sociedad humana, considerada desde cierto punto de vista, *abstracto y filosófico*, se nos presenta como una inmensa máquina cuyos ordenados y armoniosos movimientos producen innúmeros efectos agradables” (Smith, 2004b:117; las itálicas son mías). En “La Riqueza de las Naciones”, por su parte, se encuentran analogías como la que señala que: “El precio *natural* viene a ser... el precio central alrededor del cual *gravitan* continuamente los precios de todas las mercancías... [y] cualesquiera que sean los obstáculos que les impiden alcanzar su centro de reposo y permanencia, continuamente *gravitan* hacia él”. (Smith, 2004a: 56-7; las itálicas son mías).

Estas afirmaciones efectivamente advierten la influencia newtoniana, así como la de cierta forma de naturalismo. Es también evidente y relevante el papel de la abstracción en la concepción smithiana de la sociedad. Sin embargo, probablemente el mejor ejemplo de esta forma de pensamiento y análisis, y usado aquí con el fin de clarificar la metodología smithiana, se encuentre resumido en el concepto de *sistema*

---

<sup>9</sup> *Deus ex machina* es una expresión latina que significa “dios surgido de la máquina”. Se origina en el teatro griego y romano, cuando una grúa (*machina*) introduce una deidad (*deus*) proveniente de fuera del escenario para resolver una situación. Actualmente es utilizada para referirse a un elemento externo que resuelve una historia sin seguir su lógica interna.

*filosófico*. Este procede de una obra menos conocida del escocés, titulada “Ensayos sobre temas filosóficos, incluyendo Astronomía”, cuyo seguimiento se hizo indirectamente a través de Ross (1993)<sup>10</sup>.

En dicho texto se refiere, citando a Smith, que un *sistema filosófico*<sup>11</sup> es comprendido como “una máquina imaginaria inventada para conectar en la mente aquellos diferentes movimientos y efectos que están relacionados en la realidad..., [y] así como las máquinas más recientes, con menos ruedas y menos principios motores, suplantaron a sus más complejas predecesoras, del mismo modo los sistemas más complejos dan lugar a aquellos en los cuáles un gran principio conector resulta... suficiente para ligar todos los fenómenos discordantes que ocurren en toda especie de cosas”. (Ross, 1993:7)

Vemos entonces que se trata de un enfoque abstracto, en el sentido de una omisión consciente de elementos para trabajar con algunos pocos principios básicos, así como la evidente y en este caso explícita presencia newtoniana-mecanicista, misma que debe ser entendida como la interconexión de tales principios en un entorno dinámico. Esto es, cualesquiera que ellos fueren se afectarán recíprocamente de manera regular. La serie de principios que en un inicio se eligen para operar serán aquí llamados *fundamentos*.

En cuanto al término *sistema*, es menester aclarar que éste escasamente se relaciona con el denominado “enfoque sistémico” actual, mismo que echa mano de

---

<sup>10</sup> Conuerdo, tal como se me sugirió por parte de uno de los sinodales, en que lo más deseable hubiera sido consultar la obra directamente, lo cual ciertamente se intentó hasta agotar los recursos bibliográficos disponibles. No veo, sin embargo, motivo alguno para desconfiar *a priori* de la cita proveniente de la fuente secundaria aquí seguida.

<sup>11</sup> Es crucial recordar que el término “filosófico” englobaba para aquella época el estudio de prácticamente cualquier disciplina, incluido desde luego el estudio de la sociedad (véase el segundo apartado de este trabajo), por lo que, como se verá, el concepto de sistema filosófico es usado por Smith, en tanto método analítico, lo mismo para explicar la cuestión moral que para aplicarlo al estudio de la economía.

ciencias como la Biología, o la propia Física; además de que suele llevar su análisis a niveles meso y meta económicos, además de los tradicionales micro y macro.

En todo caso, el método smithiano aquí presentado bajo el concepto de sistema filosófico se asemeja más a una particular y ampliamente difundida metodología económica actual, misma que se basa en la realización de “modelos” a partir de supuestos sumamente restrictivos para paulatinamente agregar elementos hasta alcanzar cierto grado de complejidad, concreción y realismo y, en consecuencia, poder explicativo sobre fenómenos determinados. Es, en este sentido, un enfoque deductivo.

En suma, un sistema filosófico es básicamente un método analítico que, a través de la abstracción y el enfoque mecanicista propone un conjunto de principios (fundamentos) que interactúan entre sí para poner de relieve las relaciones más esenciales de los fenómenos.

En lo que sigue me valgo de este concepto, entendido en este particular sentido, para desentrañar los fundamentos que subyacen, primero, como una aproximación inicial, en la “Teoría de los Sentimientos Morales”, para luego analizar bajo este mismo esquema la “Riqueza de las Naciones”. No obstante, antes de avanzar en este sentido es necesaria una advertencia. Hay que ser precavidos en aceptar sin ambages la adhesión Smithiana al paradigma mecanicista, ya que puede llevarnos a inferir, extendiéndola hasta sus últimas consecuencias y, sobre todo, identificándola con la visión neoclásica, como suele hacerse hoy día, que Smith propugnaba por un divorcio entre lo económico, lo político y lo moral en el marco de un individualismo exacerbado. Nada más lejos de la verdad, a la luz de lo que a continuación se analiza.

### **3.1. La “Teoría de los Sentimientos Morales”, una primera aproximación**

En su “Teoría de los Sentimientos Morales” (1759), Smith se ocupa de la búsqueda del, (o los) principios que rigen la conducta humana, en el sentido de lo que

se considera correcto o incorrecto, justo o injusto, digno de estimación o desprecio, etc. Se ocupa pues de los juicios morales, cuyo principio rector encuentra en la *simpatía*, que puede ser definida, *grosso modo*, como un sentimiento que aflora al ponerse en el lugar del otro, es decir, de “un cambio imaginario de situación”, en vista de que, “por más egoísta que quiera suponerse al hombre, hay algunos elementos en su *naturaleza* que lo hacen interesarse en la suerte de los otros, de tal modo que la felicidad de estos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla” (2004b:29, las itálicas son de Smith). Dicho sentimiento es ajeno a la razón, (es pues natural, en este sentido) en vista de que, aunque “ésta es la fuente de las reglas generales éticas y de todos los juicios morales que por ellas formamos, es completamente absurdo e ininteligible suponer que las percepciones primarias de lo malo y lo bueno proceden de la razón...” (2004b:123).

Ahora bien, tal principio opera dinámicamente sólo en el contexto de la sociedad, y no la precede ni es inmutable, sino que se forja con ella a través de la interacción humana. Toda posibilidad de individualismo queda eliminada cuando se afirma que, “de ser posible que un hombre viviese en algún lugar solitario hasta llegar a la edad viril, sin que tuviese comunicación con otros hombres, tan imposible le sería pensar en su propia índole, en la propiedad o el demérito de sus sentimientos y su conducta... [Mas] incorporarlo a la sociedad e inmediatamente estará provisto del espejo del que antes carecía. Es colocado frente al juicio y comportamiento de aquellos con quienes vive..., es ahí donde por primera vez verá la conveniencia o inconveniencia de sus propias pasiones...” (Smith, 2004b:84).

En este caso, el gran principio conector del sistema es la *simpatía*. Como ya se apuntó, este principio es *natural*, en tanto que no está sujeto por completo a la razón. Es de igual modo *dinámico* (colectivo y mutable) en el contexto de la interacción humana.

Podemos afirmar entonces que la simpatía es, en este sentido, *el fundamento* del sistema, ya que valiéndose de un evidente ejercicio de abstracción, Smith explica la conducta humana en lo que a la moral se refiere por medio de dicho principio.

Ahora bien, es necesario recalcar que, en tanto pasiones humanas, tal sistema no puede menos que estar presente en todos los aspectos de la sociedad, esto es, el hecho de que sea analizado “mecánicamente”, si bien le confiere automatización en cuanto a su funcionamiento, no le brinda una autonomía respecto a otras esferas de la sociedad, a saber, la política-económica.

El concepto de sistema nos ha permitido entonces rastrear el fundamento de la obra de 1759, mismo que recae en la simpatía. Este elemento es dinámico y operativo únicamente a escala social, a pesar de ser tratado bajo la óptica mecanicista. Este ejercicio será realizado de manera más profunda, a continuación, en la obra de 1776

### **3.2. La Riqueza de las Naciones. Propensión al cambio, división del trabajo y tamaño del mercado.**

Aplicando a la cuestión económica la definición de sistema arriba señalada como marco analítico para buscar grandes principios conectores al interior de la dinámica socio-económica, así como de la consideración de que lo que se pretende analizar en la obra de 1776 es, a grandes rasgos, la emergencia de la sociedad mercantil, es decir, de la sociedad en el contexto de un sustancial incremento en el campo de acción del mercado, encontramos un sistema que explica tanto el surgimiento de éste como su desarrollo, así como el comportamiento de la riqueza a través de las relaciones humanas que en el mercado intervienen. Empero, antes de proseguir, es necesario precisar que se entiende aquí por riqueza.

En la obra de 1776 el término riqueza es entendido como sinónimo de producto anual derivado del trabajo. Así, en la introducción y plan de la obra Smith señala que “El

trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país. Dicho fondo se integra siempre, o con el producto inmediato del trabajo, o con lo que mediante dicho producto se compra de otras naciones” (Smith, 2004a:3) De tal manera que, “Todo hombre es rico o pobre según el grado en que pueda gozar de las cosas necesarias, convenientes y gratas de la vida” (Smith, 2004a:31). Ahora, dado que la división del trabajo restringe la cantidad de satisfactores que se pueden producir para autoconsumo, la mayoría de ellos se conseguirán finalmente mediante el trabajo de los demás, siendo el trabajo, en consecuencia, “la medida real de valor”.

Así pues, siguiendo estas anotaciones, en lo sucesivo se considerará aquí a la riqueza en un sentido amplio, como el producto del trabajo de una nación durante un periodo de tiempo determinado, a pesar de que como se mostró recién, el concepto de riqueza en Smith admite también una interpretación individualizada o *per cápita*, misma que, como es bien sabido, ofrece una medida más realista en estudios de desarrollo, por ejemplo.

Por otra parte, es necesario señalar que en “La Riqueza de las Naciones” es posible identificar cuando menos otro conjunto de principios que se encuadra en la definición de sistema la que partimos, y que es, por su relevancia, indispensable en estudios de otra naturaleza. Me refiero al que se encuentra en el capítulo VII<sup>12</sup>, mismo que Schumpeter califica de rudimentaria teoría del equilibrio (Schumpeter, 1954:189), y del cuál se deriva, con todas sus consecuencias, el análisis neoclásico de libre competencia. No obstante, dicho sistema parte de la existencia del mercado, y nada nos dice de la relación de éste con el crecimiento económico. Así pues, el sistema que se expone a continuación antecede, en este sentido al del capítulo VII, y es por ello

---

<sup>12</sup> En este capítulo, titulado *Del precio natural y de mercado*, Smith desarrolla un sistema en el que, bajo condiciones de “perfecta libertad”, el precio de mercado (a diferencia del precio natural, que está determinado por el valor -trabajo), estaría regulado por las variaciones en la oferta y la demanda. (Véase Apartado 2, pág 10)

también que se considera este antes que aquél. Paso entonces a presentar el sistema sostenido aquí como principal, para luego concentrarme en sus fundamentos, revisando posteriormente sus principales extensiones, así como la aproximación crítica a los mismos.

“La *división del trabajo*, [nos dice Smith], en cuanto puede ser aplicada, ocasiona en todo arte un aumento proporcional en las facultades productivas del trabajo... Este aumento... procede de tres circunstancias distintas: primera, de la mayor destreza de cada obrero en particular; segunda, del ahorro de tiempo que comúnmente se pierde al pasar de una ocupación a otra, y por último, de la invención de un gran número de máquinas, que facilitan y abrevian el trabajo, capacitando a un hombre para hacer la labor de muchos”. (2004a: 9-11).

De las circunstancias señaladas por Smith, la primera se refiere al incremento del producto que deriva del “aprender haciéndolo” o también llamado “aprendizaje en la práctica” (*learning by doing*). Esto es, se asume implícitamente que la actividad productiva ordinaria genera invariablemente incrementos en las capacidades del trabajador a través de incrementar su destreza para la ejecución de una tarea específica vía aprendizaje. Esta idea ha servido de base para algunos de los desarrollos seminales de la autodenominada “Nueva Teoría del Crecimiento”, siendo particularmente relevante en el trabajo de Arrow<sup>13</sup> (1962), quien a partir de observar algunas constataciones empíricas de dicha cualidad desarrolla un modelo de acumulación endógena del conocimiento que derivó posteriormente en la bastante difundida “curva de aprendizaje”, donde este se correlaciona positivamente respecto al tiempo cuando se produce un solo bien<sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> Quien no le concede, por cierto, crédito alguno a Smith

<sup>14</sup> Aunque más recientemente el concepto de *learning by doing* se ha ampliado para referirse en mayor medida a la transferencia de conocimiento, sobre todo tácito, sobre algún proceso específico, y no tanto al aumento de la destreza por la especialización

La segunda de las causas atribuidas a la división del trabajo como responsable de incrementar la productividad involucra la descomposición de procesos complejos en procesos más simples vía la concentración en una sola actividad, facilitando, en consecuencia, la creación y aplicación de nuevas técnicas productivas. En otras palabras, tal como lo ejemplificó Young (1928), la decisión de clavar con lo que esté a la mano, digamos, una roca, o construir una herramienta simple, por ejemplo un martillo, depende del número de clavos que haya que clavar. Nos encontramos aquí con la bien conocida idea Marshalliana de las economías de escala, en donde una gran capacidad instalada, maquinaria y equipo, solo resulta rentable cuando la producción se realiza en volúmenes tales que permitan la verificación de costos marginales decrecientes.<sup>15</sup> Naturalmente es requisito para ello un mercado capaz de absorber esa producción, esto es, un mercado extenso o, lo que es lo mismo, una amplia demanda efectiva.

Cabe señalar también que la realización de una sola actividad es condición necesaria tanto para el *learning by doing* como para la tercera y última de las circunstancias señaladas por Smith, la invención de maquinaria y equipo.

Es esta tercera razón para el crecimiento del producto la que parece ser menos consistente, ya que puede o no ocurrir sistemáticamente. Se ha señalado, de hecho, que el propio autor sostiene una visión abiertamente contraria al respecto, cuando señala que “un hombre que gasta la mayor parte de su vida en la ejecución de unas pocas operaciones muy sencillas... se hace todo lo estúpido e ignorante que puede ser una criatura humana...” (2004a: 687-688). Bendesky (1983), siguiendo a Rosenberg señala que la supuesta contradicción no es tal, toda vez que Smith había reconocido la división del trabajo entre manual e intelectual, así como la generación de invenciones por parte de ambos, pero de distinta naturaleza y nivel, más tenues la del primero, acaecidas prácticamente en el terreno individual y del taller; más elevadas las del

---

<sup>15</sup> Este tipo de producción fue característico, sobre todo en los Estados Unidos, entre el segundo y tercer cuarto del siglo pasado, aproximadamente. El “Fordismo”, como se le conoció genéricamente a dicha etapa, gracias a las líneas de ensamblaje del modelo “T” de Ford, se valió de este método para producir bienes estandarizados en masa.

segundo, en tanto que involucran actos de penetración y síntesis creativa, así como la capacidad para recurrir a diversos campos del conocimiento, estas últimas son llevadas a cabo por “filósofos y especuladores”. Es la capacidad inventiva del primer tipo la que efectivamente viene a menos, según se apunta. Asimismo se argumenta que el supuesto contrasentido surge de una lectura individualista y que, bajo un enfoque agregado, esto es, a nivel de toda la sociedad, se mantiene la relación positiva entre división del trabajo y cambio técnico.

Sobre el origen y ampliación de la división del trabajo, Smith señala que: “Esta división es la consecuencia gradual, necesaria aunque lenta, de una *cierta propensión de la naturaleza humana...la propensión a permutar, cambiar y negociar una cosa por otra...* Así como la facultad de cambiar motiva la división del trabajo, la amplitud de esta división se halla limitada por la extensión de aquella facultad o, dicho en otras palabras, por la *extensión del mercado*, [ya que], cuando este es muy pequeño, nadie se anima a dedicarse por completo a una ocupación, por falta de capacidad para cambiar el sobrante del producto de su trabajo, en exceso del propio consumo, por la parte que necesita de los resultados de la labor de otros.” (Smith, 2004a: 9-11, 16, 20; las itálicas son mías).

Es importante destacar que el carácter *natural* conferido aquí a la propensión al intercambio no es más que una abstracción, una simplificación conscientemente realizada con el fin de tener un punto de partida para el análisis, de tal suerte que más adelante en su exposición, Smith señala: “No es nuestro propósito, de momento, investigar si esta propensión [al cambio] es uno de esos principios innatos en la naturaleza humana, de los que puede darse una explicación ulterior, o si, como parece más probable, es la consecuencia de las facultades discursivas y del lenguaje” (2004a:16); Por lo demás es evidente, como se verá al abordar el enfoque crítico (véase apartado 5), que tal suposición es, cuando menos, ampliamente cuestionable.

La extensión del mercado, por su parte, depende a su vez de la división del trabajo, ya que esta determina el nivel de productividad, el ingreso per capita y el poder de compra (Thirlwall, 2003: 43).

En cuanto a los elementos indirectos (en el sentido de que no dependen completamente de la división del trabajo) que estimulan dicha extensión, Smith reconoció el papel del transporte, enfatizando la entonces evidente superioridad del fluvial y marítimo sobre el terrestre, así como el rol de las exportaciones, concretamente las de manufacturas, dado que estas proveen un mercado para el excedente, es decir, para las mercancías excedentes que de otra manera podrían no venderse.

La extensión del mercado viene a ser entonces, como ya se adelantaba líneas arriba, un factor de demanda efectiva, en el sentido de que un mercado extenso será aquel que pueda efectivamente absorber (demandar) el excedente.

Tenemos así una relación causal circular entre división del trabajo y extensión del mercado<sup>16</sup>, posibilitada por la propensión al cambio y el interés individual. O bien, para ponerlo en los términos presentados anteriormente, al referirnos a la “Teoría de los Sentimientos Morales”, se trata de un sistema fundamentado en la división del trabajo y la extensión del mercado. Ambos principios son *naturales*, en tanto que la primera depende de la propensión al cambio, misma que no estaría por completo sujeta a la razón; y *dinámicos* en el marco de la sociedad en su conjunto. Esto es, *colectivos*, en la medida en que relacionan individuos a nivel agregado; y *mutables*, en tanto son elementos eminentemente dinámicos y con clara tendencia al crecimiento.

Bendesky (1983) ilustra el punto cuando rastrea el origen y desempeño de esta relación funcional, derivando importantes consecuencias para la dinámica económica. Dicho autor parte de la ya apuntada similitud metodológica existente entre “La Riqueza de las Naciones” y la mecánica Newtoniana, y equipara los conceptos de tiempo y

---

<sup>16</sup> Esta relación, como se verá en el apartado 4, va más allá de una mera tautología en la que la división del trabajo depende a fin de cuentas de sí misma.

espacio de ésta última, con los de división del trabajo y extensión del mercado, respectivamente.

Sobre la división del trabajo nos dice: “Es bien sabido que Smith coloca este principio en el centro de la visión sobre la dinámica de una sociedad moderna... Es el carácter productivo del trabajo el que se enfatiza como promotor de la riqueza, y la división del trabajo como la causa de su crecimiento, convirtiéndolo de hecho, en la fuerza motriz del desenvolvimiento histórico y económico... Es el principio de la división del trabajo el que se encuentra en el centro de la interpretación de un sistema social que tiene tendencias autorregulatorias para el mantenimiento de un equilibrio armonioso y propicio también para el progreso de la riqueza” (Bendesky, 1983:101, 104).

Así pues, partiendo de la propensión natural al cambio y el interés individual, como guías del accionar humano, se asegura un sistema armónico y progresivo debido a que la división del trabajo hace necesaria, a medida que avanza, la dependencia entre los individuos, apelando al interés privado, con el fin de satisfacer sus necesidades.

“En esta visión ampliada, el fenómeno de la división del trabajo no se limita al trabajo realizado en una unidad productiva, sino que (...) abarca a toda la sociedad. Se constituye como una visión del mundo en su forma social basada en una noción de orden natural” (1983: 104).

Efectivamente, el carácter armónico o autorregulado aquí conferido se alcanza en virtud de que el sistema es capaz de abarcar progresivamente a toda la sociedad a través de la especialización y el crecimiento del mercado. Es una explicación tanto macro como micro de la riqueza, construida a través de las relaciones humanas que del mercado en crecimiento se derivan (división del trabajo – productividad). En contraste, aunque como ya se apuntó, este mismo carácter automático puede ser conferido, al sistema oferta-demanda, (véase el apartado 3) este puede prescindir de las relaciones humanas para arribar al “permanente equilibrio” que encarna el precio.

La diferencia es de suma importancia toda vez que es este segundo conjunto de principios el que es exaltado tanto en el liberalismo clásico del siglo XIX, como en el nuevo liberalismo contemporáneo.

Una última, pero trascendental cuestión es advertida por Smith en lo que a la división del trabajo se refiere y es la relativa a los rendimientos de dicho factor por actividad productiva. Sobre este particular trataré a continuación.

### **3.2.1. División del trabajo y rendimientos del factor trabajo**

Smith señala que dadas las características particulares de la producción agrícola y manufacturera, la primera “no admite tantas subdivisiones del trabajo, ni hay división tan completa de sus operaciones como en las manufacturas” (2004a:9). Dada esta restricción de carácter natural, considerando la tierra como factor fijo, la actividad agrícola está sujeta a rendimientos decrecientes, mientras que la producción manufacturera obtiene bajo ciertas circunstancias, concretamente “perfecta libertad” y una elasticidad-precio de la demanda positiva, rendimientos crecientes. Ulteriormente esta distinción será de capital importancia para la formulación teórica de la Economía Política Clásica, las Teorías del Desarrollo y la Economía del Crecimiento. A través de la generalización de los rendimientos decrecientes la primera de ellas establecería la tradición “pesimista” del crecimiento, con Malthus y el problema del incremento aritmético de los alimentos versus el crecimiento geométrico de la población; Ricardo y Mill con el estado estacionario, y Marx con las contradicciones inherentes al capitalismo que llevarían al enfrentamiento de clases; La Teoría del Desarrollo, por su parte, siguió en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado la senda opuesta para trabajar bajo el supuesto de rendimientos crecientes a escala, siendo de especial relevancia en este sentido las obras de Rosenstein-Rodan y Nurske. Rendimientos constantes a escala y progreso técnico exógeno son, en contraste, las características del modelo neoclásico de crecimiento (o modelo de Solow), mientras que la formalización del cambio técnico y

los rendimientos crecientes a escala son ahora rasgos correspondientes a la “nueva teoría del crecimiento endógeno” (Ros 2004).

Recapitulando, partiendo de la metodología de Smith, cristalizada en la definición de sistema, hemos presentado uno en particular que logra articular al conjunto de la sociedad a través de la división del trabajo y la extensión del mercado. El mercado surge de *cierta propensión al cambio* y se extiende mediante el *learning by doing*, la concentración en una sola ocupación (especialización) y la invención de maquinaria; las tres causadas por la división del trabajo. Este crecimiento del mercado genera a su vez incrementos en la división del trabajo mismos que inciden de nueva cuenta, vía la productividad, sobre el tamaño de aquél. Otros factores que pueden ampliar el mercado y que no están directamente ligados, aunque sí vinculados a la división del trabajo, son las comunicaciones y las exportaciones. Tal sistema da como resultado un proceso dinámico, progresivo y a escala social, toda vez que a medida que avanza liga a los individuos haciéndolos interdependientes entre sí para la satisfacción de sus necesidades.

Hasta aquí, sus principales implicaciones son, la posibilidad de aplicar economías de escala y, junto con ellas, la noción de rendimientos crecientes, además del cambio técnico posibilitado por la propia división del trabajo, tanto a nivel de la producción individual como en el conjunto de la economía.

Otra importante característica de este sistema en particular, y de la obra de 1776 en general, que vale la pena subrayar de nueva cuenta es el carácter de generador de riqueza conferido al trabajo, en oposición al mercantilismo y en menor medida a la fisiocracia. Recuérdese que los mercantilistas consideraban al oro y los metales preciosos como clave de la riqueza, al respecto el escocés señala que “el gran valor de los metales preciosos no puede ser la prueba de la pobreza y del atraso de un país en el momento en que tal nivel se registra” (Smith, 2004a:229). Para el mercantilismo, además, la riqueza era relevante sólo a nivel agregado, es decir, de riqueza nacional, o

riqueza del Estado, mientras que, como hemos señalado, Smith destaca la riqueza tanto a nivel macro, como individual o *per cápita* (Véase página 18).

La oposición a la fisiocracia en este punto en particular, por su parte, radica en que para estos el factor clave es la tierra en tanto única generadora de riqueza a través de la actividad agrícola; aunado a ello Smith, en lugar de concentrarse en el flujo circular de los ingresos, presenta una visión de economía que se desplaza hacia arriba en una espiral de crecimiento. (O' Brien, 1989). No obstante, tal oposición es más tenue que el ataque al mercantilismo, ya que Smith de hecho señala que “La tierra constituye, sin género alguno de dudas, la porción más importante, grande y duradera de la riqueza de todo país muy extenso” (Smith, 2004a:232)

De cualquier forma, es este enfoque de riqueza como producto del trabajo el que posibilita que la cuestión de la productividad, definida *grosso modo* como la capacidad de incrementar el producto por unidad de tiempo, tenga gran peso en la explicación Smithiana del crecimiento económico.

Efectivamente, hoy en día la existencia de esta correlación positiva entre productividad del trabajo y crecimiento económico es ampliamente aceptada<sup>17</sup>. Ello no quiere decir, desde luego, que Smith lo haya planteado exactamente en estos términos, sin embargo, como veremos a continuación, las nociones contenidas en el sistema presentado en este apartado han sido extendidas con importantes consecuencias.

Por otra parte, si como hemos venido afirmando, el sistema división del trabajo-extensión del mercado tiene implicaciones positivas sobre el producto, ergo, sobre el empleo, sería una consecuencia lógica el buscar incentivar la división del trabajo o el tamaño del mercado, o bien, el ya mencionado vehículo entre ambos, la productividad, lo que implica desde luego, la intervención gubernamental mediante la formulación y

---

<sup>17</sup> En particular la relación conocida como “Ley de Verdoorn”, así llamada por P.J. Verdoorn, quien en 1949 encontró una estrecha relación empírica entre el crecimiento de la productividad y el del producto en una muestra de industrias (Ros, 2004:165-166)

ejecución de políticas concretas. Ello pudiera parecer en primera instancia un contrasentido toda vez que se ha aceptado *a priori* el carácter “mecanicista” del análisis Smithiano, así como las características de autorregulación y “automatización” que tal concepción imbuye sobre el sistema aquí presentado.

Los próximos dos apartados están dedicados a presentar evidencia teórica contraria, esto es, que al igual que en el caso de la “Teoría de los Sentimientos Morales”, tal análisis no necesariamente desemboca en un automatismo social al estilo de la parábola de la “mano invisible”, por el contrario, los gobiernos deben y de hecho, como se verá a continuación, han jugado un rol decisivo en lo que a este conjunto de principios se refiere, en particular en lo que toca a la extensión del mercado.

#### 4. Extender el mercado, ¿para qué? La aportación de Allyn Young

En 1928 Allyn Young publica su clásico artículo titulado “*Increasing Returns and Economic Progress*” en el analiza la dinámica económica, más concretamente la de carácter industrial partiendo de la relación funcional Smithiana división del trabajo-tamaño del mercado. Parte además de la aserción de que las economías capitalistas, o que emplean métodos “más indirectos de producción”, (en el sentido de la aplicación indirecta del trabajo, esto es, del empleo sistemático de maquinaria y equipo), operan generalmente bajo condiciones de rendimientos crecientes<sup>18</sup>, y que estas economías, más que cualesquiera otras, dependen de la extensión del mercado.

Young afirma que “tomando la dotación económica de un país como dada... el factor particular más importante para determinar la efectividad de su industria parece ser el tamaño del mercado. Pero, ¿qué constituye un mercado extenso? no solamente el área o la población, sino *el poder de compra*, la capacidad de absorber un amplio producto anual de bienes... En una visión incluyente, considerando el mercado no sólo como una salida (outlet) para los productos de una industria en particular, y en consecuencia externo a dicha industria, sino como un *outlet* para los bienes en general, el tamaño del mercado está determinado y definido por el volumen de la producción...; el incremento del tamaño del mercado para cualquier mercancía, producida bajo condiciones de rendimientos crecientes, tiene generalmente el efecto neto... de incrementar el mercado para otras mercancías”.

La esencia del argumento puede ser fácilmente captada mediante el siguiente ejemplo: “Considérense las industrias del acero y el textil, ambas sujetas a rendimientos crecientes que producen bienes con precios elásticos en relación con la demanda. A medida que la oferta de acero se incrementa su precio relativo desciende. Si la demanda es elástica, los productores textiles demandarán proporcionalmente más acero. La producción textil se incrementaría y su precio relativo disminuiría en

---

<sup>18</sup> Recuérdese que esta observación ya había sido también adelantada por Smith. (Véase 3.2.1)

consecuencia. Si la demanda es elástica los productores de acero demandarán proporcionalmente más textiles, y así sucesivamente.” (Thirlwall 2003: 45)

Ros señala que existe una diferencia fundamental entre el argumento Smithiano y la extensión de Young. Para este último “la productividad aumenta con la extensión del mercado por que los altos costos fijos de las tecnologías de rendimientos crecientes únicamente pueden ser recuperados en mercados grandes, y no tanto por que los trabajadores puedan especializarse en labores más específicas.” (Ros, 2004: 25n)

Efectivamente, como ya se adelantó en la sección 3.2, la condición necesaria para la rentabilidad de las economías de escala es precisamente un mercado extenso, pero este a su vez es posibilitado por la descomposición de procesos complejos en procesos simples a través de la división del trabajo, como el mismo Young reconoce con el ya mencionado ejemplo de la roca o el martillo (véase 3.2. página 20), de tal suerte que la señalada diferencia no invalida ni la extensión del sistema ni las consecuencias que serán de él extraídas.

Ahora bien, el resultado más relevante de este esquema es que esta dinámica se hace progresiva y no parece tener otro límite que una demanda inelástica y rendimientos no crecientes, ya que a medida que aumenta la producción aumenta el tamaño de mercado del conjunto de la industria y la elasticidad precio de la demanda positiva de los bienes producidos asegura los rendimientos crecientes. Evidentemente los bienes que presentan esta característica son las manufacturas, en contraposición a los agrícolas, de ahí la importancia de los patrones de especialización de los países y, de manera más puntual, de la presencia o ausencia de una determinada política industrial. Esta es la línea que siguió Thirlwall (2003) en su trabajo titulado “La Naturaleza del Crecimiento Económico”.

Desde esta perspectiva, la de la política económica, el extender el mercado, ya sea al interior, con incentivos al poder de compra o protección a la industria nacional; o

al exterior, vía estímulos a las exportaciones de manufacturas, resulta no sólo posible, sino deseable por razones de crecimiento y empleo.

Es evidente, por otra parte, que el extender el mercado, entendido en este sentido de producción y poder de compra, trae consigo, cuando menos teóricamente, la posibilidad de incrementar la disponibilidad de artículos materiales que podrían mejorar el nivel de vida promedio. Aunado a ello, el extender el mercado “indirectamente”, vía comunicaciones como Smith sugirió, trae también consecuencias “no económicas” deseables, como la posibilidad de brindar servicios básicos, por ejemplo, de educación o salud, así como la conexión entre poblaciones antes incomunicadas, por mencionar algunas. Es también lógico pensar que será el gobierno el encargado de realizar estas obras de interés social, como también el mismo Smith advirtió al incluir, dentro de los tres deberes del soberano, el de “erigir y mantener ciertas obras y establecimientos públicos cuya erección y sostenimiento no pueden interesar a un individuo o a un pequeño número de ellos, por que las utilidades no compensan los gastos que pudiera haber hecho una persona o un grupo de éstas, aun cuando sean frecuentemente muy remuneradoras para el gran cuerpo social.” (Smith, 2004a: 612 -13)

En contraste, una conclusión contrariamente abierta se alcanzó siguiendo la obra de Smith, apenas medio siglo después de la publicación de “La Riqueza de las Naciones”. Esta llevó a exigir la no intervención estatal en la vida económica bajo la máxima de *laissez-faire*<sup>19</sup>, llevando por primera vez en la historia la extensión del mercado hasta sus últimas consecuencias. Un recuento de tal suceso, a pesar de la crítica a los aquí llamados fundamentos, apuntalará nuestra sugerencia de que puede

---

<sup>19</sup> La frase “*laissez faire, laissez passer*” es una expresión francesa que significa “*dejad hacer, dejad pasar*”, refiriéndose a libertad manufacturera y libertad aduanera. Fue usada por vez primera por Jean Claude Marie Vicent de Gournay, fisiócrata del siglo XVIII, contra la interferencia del gobierno en la economía. No obstante, su difusión y consolidación ocurrirá un siglo más tarde, como se verá en el contexto del apartado 5 de este trabajo.

extraerse del trabajo del escocés una lectura más mesurada en términos del papel del mercado y la autorregulación

## 5. Karl Polanyi, una perspectiva crítica

La principal crítica al arreglo social centrado en las relaciones de mercado fue formulada en 1957 por el británico, de origen polaco, Karl Polanyi. En su obra titulada “La Gran Transformación”, Polanyi se vale de la historia económica y la antropología social para rastrear la evolución y consecuencias de lo que señala como la gran utopía del liberalismo decimonónico, la “economía autorregulada”. La idea central es que, si bien los mercados han estado presentes en muchas sociedades antes del ascenso del capitalismo industrial, (asegura, de hecho, que eran ya bastante comunes desde finales de la edad de piedra; 2003:91), las agrupaciones humanas *nunca antes* estuvieron organizadas en función de aquél, por el contrario, el mercado era, en todo caso, un accesorio de la vida cotidiana en muchas de estas comunidades, sin que ello necesariamente obstruyera otro tipo de progresos, tales como los intelectuales y espirituales. En claro contraste, sostiene, la erección del mercado como rector social trae graves consecuencias tales como el desarraigo y la pauperización; en suma, la ruptura de un entramado social que era en general, cuando menos, capaz de funcionar como una especie de seguro contra la inanición y el desamparo. Su estudio tiene como escenario principal Inglaterra, en el contexto de la Revolución Industrial, siendo el episodio nodal la llamada “Ley de Speenhamland”.<sup>20</sup>

Sigamos pues el argumento de este autor, sobre todo en lo que al origen y extensión del mercado se refiere, para luego concentrarnos en la llamada “economía autorregulada”.

Polanyi asegura que “La tendencia al trueque, en la que tanto confiaba Adam Smith para describir al hombre primitivo, no es una tendencia común del ser humano en

---

<sup>20</sup> Promulgada en 1795, la Ley de Speenhamland intentaba establecer una especie de salario real mínimo (junto con una caída de los nominales) a través de subsidios estatales. Este episodio marca el último intento por resistirse a la formación de un mercado de mano de obra libre, que junto con la creación de un mercado de tierra señalan para el autor el golpe final y necesario al antiguo régimen, efectivamente acaecido en 1832 con la derogación de dicha ley. (Polanyi, 2003)

sus actividades económicas, sino algo muy infrecuente, [mientras que] la división del trabajo, un fenómeno tan antiguo como la sociedad, surge de diferencias inherentes en los hechos del sexo, la geografía y la dotación individual”. (2003: 310, 92)

Afirma, de igual modo, que “los actos individuales de trueque o intercambio no conducen por regla general al establecimiento de mercados en las sociedades donde prevalecen otros principios de comportamiento económico”, tales como la redistribución, la reciprocidad, la producción para el hogar, entre otros. Estos van encaminados a preservar los activos sociales (estima y posición en la comunidad), y resultan además determinantes sobre la propia división del trabajo. (2003: 110)

Efectivamente parece más probable encontrar explicación satisfactoria a los fenómenos del intercambio y la división del trabajo en el marco de esta perspectiva. Aunque desde el no menos importante bastión del sentido común puede advertirse la dificultad de validar el carácter *natural* del intercambio, tal como el propio Smith de hecho lo advirtió (véase 3.2.pág. 21), Polanyi va más allá y aporta evidencia contundente al respecto<sup>21</sup>. Destaca asimismo el carácter de corto plazo que subyace en la idea de la propensión al cambio, toda vez que a partir de la observación de un hecho contemporáneo para Smith se pretende explicar toda la historia económica previa, la cuál no necesariamente se inscribe en el contexto del mercado. Tal tradición coadyuva a relegar, dentro del estudio de la Economía, a todas las formas de producción precapitalistas. Este hecho es por demás claro en el análisis económico actual.

No obstante no estoy interesado en tal discusión, sino más bien en evidenciar, siguiendo a este autor, que a partir de dicha propensión, la división del trabajo y la extensión del mercado se forjó, en circunstancias históricas específicas, el concepto de autorregulación, y que es esta extensión la que ha dado lugar a los excesos.

---

<sup>21</sup> Véase en especial el capítulo IV, así como el apartado correspondiente referente a las fuentes.

Desde la trinchera histórico-teórica Polanyi sigue el desarrollo de estas nociones. Para él, el punto de inflexión para la consolidación del capitalismo industrial se encuentra en la Ley de Speenhamland dado que es a partir de tal suceso que comienzan a observarse sistemáticamente fenómenos antes no conocidos en esa proporción o bien, que existían, mas no eran vistos como un problema moral en la Inglaterra de la época<sup>22</sup>. Señala así que: “El pauperismo no estaba aumentando alarmantemente hasta la época en que Adam Smith publicó “La Riqueza de las Naciones”...[sin embargo], la situación cambió repentinamente en los dos decenios siguientes...”. Tal viraje se vio también expresado rápidamente en el campo del pensamiento, así, si para “... 1776 Smith había reflejado el talante del progreso tranquilo. Townsend<sup>23</sup>, escribiendo apenas 10 años más tarde, ya estaba consciente de un mar de fondo” (2003: 145). En este nuevo panorama el hacinamiento, la escasez de alimentos, y el desempleo se volvieron cosa común en los grandes centros urbanos. Es en este caldo de cultivo que “nace la Economía Política y se descubre la sociedad”.

Todo el sistema teórico de los economistas, señala Polanyi, “se erigió durante ese periodo de *anormalidad* en el que un aumento enorme del comercio y la producción se vio accidentalmente acompañado de un incremento enorme de la miseria humana... los hechos aparentes en los que se basaban los principios de Malthus, Ricardo y James Mill reflejaban simplemente algunas tendencias bien definidas durante un periodo de transición bien definido (2003:157).

Partiendo entonces de la propensión individual al trueque; la necesidad de mercados locales y de la división del trabajo; “Los pensadores del siglo XIX suponían

---

<sup>22</sup> El entendimiento de la pobreza es ejemplar en este sentido, ya que se consideraba pobre a prácticamente todo aquél que tuviera que laborar para garantizar su sustento y el de los suyos. En consecuencia, la pobreza era bastante común, mas no era vista como un problema moral ya que dicha concepción no conllevaba por lo general la etiqueta de desamparo o indigencia.

<sup>23</sup> En su *Dissertation on the Poor Laws*, William Townsend advierte sobre la situación de sobrepoblación y desempleo de Inglaterra en esos años.

que, en su actividad económica, el hombre... tenderá a guiarse por lo que describían... como la racionalidad económica<sup>24</sup>, y que todo comportamiento en contrario se debía a una interferencia externa. Se seguía de aquí que los mercados son instituciones naturales, que surgen espontáneamente si se deja que los hombres actúen libremente. Por lo tanto, nada podía ser más normal que un sistema económico integrado por mercados y bajo el control exclusivo de los precios de mercado. (2003: 309).

Así pues, los graves problemas ya señalados tendrían su origen en la falta de libertad de los individuos en el contexto del mercado, o en otras palabras en la intervención y la regulación.

Se consolida entonces, alrededor de 1820 la famosa máxima del *laissez-faire*, y se exige, en consecuencia, como necesidad imperiosa desde esta perspectiva, la libertad irrestricta, la autorregulación. Esta “implica que toda la producción se destine a la venta en el mercado y que todos los ingresos deriven de tales ventas. En consecuencia hay mercados para todos los elementos de la industria, no solo para los bienes (siempre incluidos los servicios), sino también para la mano de obra, la tierra y el dinero... Un mercado autorregulado requiere nada menos que la separación institucional de la sociedad en una esfera económica y una esfera política“ (2003:119; 121)

El experimento de la autorregulación se llevaría posteriormente a la práctica y Polanyi se encarga de seguirlo a detalle. No me parece necesario continuar tal exposición y me quedo únicamente con sus conclusiones al respecto. Su principal y paradójica consecuencia, señala, es que la ampliación de tales libertades, esto es, de la extensión de los mercados de tal modo que abarquen a todos los aspectos de la producción, tiene un límite en la propia sobrevivencia humana. La experiencia decimonónica muestra que el crecimiento irrestricto del mercado genera, paradójicamente, resistencias espontáneas en diversos actores sociales, de tal suerte

---

<sup>24</sup> Esta racionalidad se basa en el motivo ganancia, esto es, la permanente búsqueda del beneficio pecuniario individual mediante el menor esfuerzo, así como de la sistemática espera de recompensa por el trabajo. Es esta la racionalidad propia del llamado *homo economicus*.

que se requiere la intervención estatal con el fin de evitar la ruptura del conjunto. Surgen entonces mecanismos de “involución” meramente pragmáticos, tales como las medidas comerciales proteccionistas o la seguridad social, por mencionar algunos.

Asimismo, esta breve exposición ha mostrado de manera tangencial, pero no por ello menos importante, un concepto de autorregulación que si bien parte de los principios de propensión al intercambio y extensión del mercado, excede en sus pretensiones al del propio Smith, en tanto que fue formulado en un contexto histórico bastante diferente al del escocés, a pesar de la relativa cercanía espacial y cronológica.

Dichos fundamentos, dada la evidente dificultad de su verificación factual, deben comprenderse como abstracciones teóricas usadas para ofrecer una explicación de la dinámica social basada (no subsumida) en el mercado, misma que no necesariamente se contrapone con la regulación.

Tal como el propio Polanyi hace notar, “Para una variedad infinita de productos, los mercados competitivos siguen funcionando, pero ello no se opone a la constitución de la sociedad... la desaparición de la sociedad de mercado no significa en modo alguno la ausencia de mercados. Estos continúan asegurando en diversas formas la libertad del consumidor, indicando el desplazamiento de la demanda, influyendo sobre el ingreso de los productores y sirviendo como un instrumento de la contabilidad, mientras termina por completo su función como un órgano de la autorregulación económica. (2003: 312)

## 6. Consideraciones Finales y Conclusiones

Como ha quedado de manifiesto, Adam Smith vivió, observó y escribió en la coyuntura de dos épocas; entre la agonía de la sociedad feudal y el ascenso del capitalismo industrial de los últimos decenios del siglo XVIII en Gran Bretaña. En este contexto histórico, si bien ya podía hablarse de la formación de la Economía Política Clásica, el liberalismo económico no presentaba el carácter de exigencia impostergable que adquiriría tan sólo medio siglo después.

En cuanto al método analítico, Smith se vale de la abstracción y la concepción Newtoniana del *Universo Machina*, para intentar, por medio de algunos cuantos principios, encontrar una explicación a la dinámica económica de la sociedad contemporánea, en particular en lo que al fenómeno del crecimiento económico se refiere. Su enfoque es, en este sentido, mecanicista y deductivo, y se encuentra ejemplificado por el concepto de *sistema filosófico*.

Por otra parte, su condición de filósofo de la época lo lleva a hacer, en especial de “La Riqueza de las Naciones”, una obra multidisciplinaria, rica en generalidades y en no pocas ocasiones contradictoria, susceptible, en consecuencia, de aceptar coherentemente más de una lectura. No obstante, y de manera paradójica, es esta misma condición de ambigüedad la que permitió la erección de la Economía como ciencia independiente, mediante su influencia sobre los pensadores que se aglutinaron bajo la nueva comunidad científica de la Economía Política Clásica.

Así pues, bajo este “enfoque máquina”, fundamentado en una definición de sistema de su propia autoría, Smith supone la existencia de una cierta propensión natural al trueque o al intercambio en el ser humano; esta da origen al mercado, mismo que se extiende mediante la división del trabajo a través de la especialización, la cuál a su vez incide positivamente sobre la productividad y, en consecuencia sobre el producto y el ingreso, para de nueva cuenta afectar el tamaño del mercado. Tal sistema da como resultado un proceso dinámico, progresivo, teóricamente autorregulado y a escala

social, pero partiendo de un componente microeconómico toda vez que a medida que avanza liga a los individuos haciéndolos interdependientes entre sí para la satisfacción de sus necesidades. Este sistema es pues capaz de explicar, mediante tales fundamentos, la dinámica socio-económica en el marco del mercado, tanto por el lado de la oferta, con las economías de escala, como por el de la demanda, entendiendo el tamaño del mercado como poder de compra. Tiene además poder explicativo sobre fenómenos económicos relevantes tales como los rendimientos crecientes y el cambio técnico.

No obstante, este carácter de autorregulación no implica necesariamente, un automatismo social tal que la intervención gubernamental resulte innecesaria. Así lo demuestra una de las principales extensiones del sistema aquí tratado, la de Young, quien argumenta que bajo ciertas condiciones el extender los mercados resulta no sólo posible, sino deseable por razones de crecimiento y empleo. El impulsar el crecimiento de los mercados puede además tener otras consecuencias por sí mismas deseables, tales como la implementación de ciertos servicios públicos posibilitados por la construcción de redes de comunicaciones, entre otros.

Ahora bien, desde una perspectiva crítica resulta evidente la dificultad de demostrar la existencia de la propensión natural al cambio, así como la división del trabajo de ella resultante. Por el contrario, la evidencia antropológica disponible muestra que el intercambio no necesariamente lleva a la formación de mercados y que si bien estos han existido en muchas sociedades precapitalistas nunca antes se les había asignado el papel de rector social. Más aún, cuando se intenta que dicha institución cumpla esta función, tal como sucedió en el siglo XIX a partir del supuesto carácter natural de los mercados, se generan resistencias por parte de distintos actores sociales, sobre todo en lo referente a la plena libertad para la compra-venta de la fuerza de trabajo, tales como el impulso de leyes proteccionistas que impidan el libre comercio de dicho factor, los seguros de desempleo, o las leyes de salarios mínimos, por mencionar algunas, de tal suerte que el proceso retrocede en virtud de la corrosión social que tal

pretensión genera. Este retroceso tiene como expresión resultante la regulación gubernamental como exigencia social.

Tenemos entonces que, desde el punto de vista teórico, la propensión al cambio, la división del trabajo y el tamaño del mercado ofrecen una explicación dinámica, progresiva y, aunque partiendo de una base individual, macroeconómica del desempeño económico social (en el sentido de que puede incluir a toda la sociedad), que no necesariamente excluye la regulación. Tal relación debe ser entendida como una abstracción metodológica y, como tal, limitada en su aplicación práctica.

Con todo ello se constituye, efectivamente, una lectura alternativa de los fundamentos de la obra de 1776. Una lectura que difiere de la defensa a ultranza del libre mercado en el marco de un individualismo exacerbado que la sabiduría convencional le atribuye a Smith.

## Bibliografía

ARROW, K, J. "The economic implications of learning by doing." *Review of Economic Studies*, 29(3), 1962:155-73

ARTHUR, Brian, "Increasing Returns and the New World of Bussines." En, *Harvard Bussines Review*. Julio- Agosto 1996.

BENDESKY, León. "Espacio, tiempo y economía: la tradición de Adam Smith" En: *Investigación Económica XLII 165*. Julio-Septiembre 1983.

BROWN, Maurice. *Adam Smith's economics. It's place in the development of economic thought*. Routledge, London-New York, 1988

COASE, R. "Adam Smith's view of man", *Journal of Law and Economics*, vol. 19, Octubre 1976, Chicago, Illinois, University of Chicago Press.

CORONA Rentería, Alfonso, *Economía Ecológica: una metodología para la sustentabilidad*, Facultad de Economía, UNAM, México, 2000.

FRY, Michael (Editor), *Adam Smith's legacy. His place in the development of modern economics*. Routledge, London-New York, 1992.

GAY, P., *The enlightenment, An interpretation/ The science of freedom*, New York, 1977.

HOLLANDER, S. *The economics of Adam Smith*. Heinemann Educational Books, London, 1973.

HUTCHISON, T.W., *Before Adam Smith: The emergency of political economy, 1662-1776*, Oxford, 1988.

MARX, Carlos. *El Capital. Crítica de la Economía Política*. Editado en tres tomos, Fondo de Cultura Económica, México, Quinta reimpresión, 1972.

MORROW, Glenn R. *The ethical and economic theories of Adam Smith*. A.M. Kelley Publishers, New York

O' BRIEN, Denis P. *Los Economistas Clásicos* Editorial Alianza, Madrid, 1989

PEIL Jan, *Adam Smith and Economic Science*, Cap II: A contextual approach to The Wealth of Nations. Edward Elgar Publishing Limited. Massachussets 1999. 36 - 81 pp.

POLANYI, Karl, *La gran transformación. Los orígenes Políticos y Económicos de nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica, México, 2003. 399 pp.

RAE John, *Life of Adam Smith*. Macmillan and Co. London, First edition, 1895. First published: 1895

RODRIGUEZ Vargas José de Jesús. *Tesis Doctoral*. Facultad de Economía, UNAM, México, 2004.

ROLL, Erich, *Historia de las doctrinas económicas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

ROS, Jaime, *La Teoría del Desarrollo y la Economía del Crecimiento*. Fondo de Cultura Económica y Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE), México, 2004, 480 pp.

ROSS Ian, "Adam Smith (1723 - 90): A biographical sketch". En: MIZUTA Hiroshi (Editor). *Adam Smith: International Perspectives*. New York, 1993. 1-25 pp.

SCHUMPETER, Joseph A. *History of Economic Analysis*. Oxford University Press, New York, 1954.

SLAVEN, Anthony. *The development of the west of Scotland: 1750 – 1960*. Routledge & Kegan Paul, London – Boston, 1975.

SMITH, Adam, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo de Cultura Económica, México, 2004a. 917 pp.

SMITH, Adam, *Teoría de los Sentimientos Morales*. Fondo de Cultura Económica, México, 2004b. 133 pp.

THE ADAM SMITH LIBRARY. *Adam Smith, 1776-1926. Lectures to commemorate the sesquicentennial of the publication of "The Wealth of Nations"* A.M. Kelley, New York, 1966.

THIRLWALL, Anthony, P. *La naturaleza del crecimiento económico. Un marco alternativo para comprender el desempeño de las naciones*. Fondo de Cultura Económica, México, 2003. 128 pp.

YOUNG, Allyn, "Increasing Returns and Economic Progress", En: *The Economic Journal*, volume 38 (1928), pp. 527-42